

BRANDON
SANDERSON

CURSO DE
ESCRITURA

CREATIVA

Curso de escritura creativa convierte en libro las clases que Brandon Sanderson imparte desde hace casi veinte años en la Universidad Brigham Young, donde estudió. Él mismo asegura que nunca ha dejado de darlas porque es un recurso que necesita para seguir creciendo como escritor. El curso se centra en los engranajes de la escritura y tiene un enfoque muy práctico; en él nos habla de la trama, la ambientación y los personajes, pero también de la parte empresarial y el funcionamiento del sector editorial. Sin embargo, no hace falta querer ser un escritor profesional para leer este libro. Su objetivo es ayudar a cualquier lector a comunicarse mejor y crear buenos hábitos para escribir de forma consistente, con los valiosos consejos de uno de los mayores creadores de nuestro siglo.

«Os animo a que utilicéis este curso del modo que más os ayude a lograr vuestros objetivos.»

BRANDON SANDERSON

ÍNDICE

1. Introducción
2. La trama
3. Cómo crear una trama
4. El punto de vista
5. Las leyes de la magia
6. Cómo crear un mundo
7. Cómo crear un personaje
8. Caracterización
9. Humor, finales y revisiones
10. La publicación tradicional
11. La autopublicación

Conclusión

Sobre Brandon Sanderson

Notas

1

INTRODUCCIÓN

Quisiera empezar este curso contando por encima la historia de por qué existe. En la década de 1980, Orson Scott Card iba a impartir un curso de escritura creativa en la Universidad Brigham Young que tenía muy entusiasmado a todo el mundo. Se matriculó muchísima gente. Después, por varios motivos, Card no pudo ponerse al frente de la clase. De modo que un profesor de literatura de la universidad a quien le gustaba la ciencia ficción empezó a dar una clase sobre la escritura de ciencia ficción y fantasía, para que quienes se habían matriculado no se quedaran sin curso. Se hizo muy popular. No dejaban de apuntarse alumnos, entusiasmados por tener una clase sobre esos géneros literarios. El curso empezó a mediados de la década de los ochenta y ya no dejó de ofertarse.

Yo fui alumno de la Universidad Brigham Young entre los años 1994 y 2000, y no pude matricularme en ese curso hasta mi último año allí. Por distintos motivos, no encajaba en mi horario. Precisamente en el 2000, David Wolverton, quien escribía con el seudónimo de Dave Farland, empezó a impartir ese curso. El profesor que se encargaba de él hasta entonces, el doctor Smith, tuvo problemas de salud y se vio obligado a abandonarlo, y la universidad quiso que el curso estuviese impartido por un autor profesional.

Cuando me enteré de que había un auténtico escritor dando un curso, me emocioné mucho. La idea de poder escuchar a un profesional del ramo me resultaba muy interesante. Y así fue. Ese curso fue, con mucho, el más valioso de todos mis estudios en la universidad.

El motivo es que, aunque a mis otros profesores se les daba muy bien hablar de conceptos como la temática de una novela, o sobre cómo encontrar tu alma interna de escritor y otras ideas similares, no sabían muy bien cómo exponer la construcción de un personaje cautivador. No sabían hablar de cómo adoptar una estructura argumental y llevarla a tu propia historia de un modo interesante, con emoción y originalidad. Y desde luego no sabían explicar qué había que hacer cuando alguien te ofrecía un contrato de publicación. Esas cosas no podía aprenderlas de la inmensa mayoría de los profesores: aunque los había con experiencia práctica, yo aún no había podido apuntarme a sus clases.

No pretendo ser la única persona que pueda enseñar estas cosas, pero lo cierto es que matricularme en ese curso lo cambió todo para mí. En aquella época ya tenía ocho novelas escritas. Sabía cómo sentarme al teclado y escribir historias, pero no cómo pulirlas, y no tenía ni idea de cómo sacarlas al mundo y terminar publicándolas.

Dave me enseñó todo eso.

Al cabo de un tiempo se retiró de la enseñanza y se marchó a trabajar en otros temas, y la universidad iba a cancelar el curso. Algunos profesores conocidos míos vinieron y me preguntaron: «Brandon, ¿estarías dispuesto a impartirlo tú?». Por esas fechas yo había vendido los derechos de una novela pero aún no estaba publicada, de modo que nadie podía considerarme un valor seguro. Me dijeron: «No queremos que el curso desaparezca. ¿Te encargarías de él?». Y así fue como, en el año 2004, pasé a ocuparme de este curso, que he impartido cada año hasta ahora.

Por suerte, desde entonces mi carrera ha despegado. Todo ha ido muy bien. Pero nunca he querido dejar este curso porque creo que, si puede señalarse el momento que más influyó en mi carrera como autor publicado, debió de ser cuando me apunté a este curso con el cambio de milenio, hace ya veinte años. Y desde entonces lo he considerado un recurso que debo asegurar que siga presente en mi vida.

De modo que procuro darle el mismo formato que a mí me hubiera ayudado como escritor novel al recibir las lecciones. Eso significa que nos centraremos en los engranajes de la escritura. Existen otras muchas clases de las que podéis obtener conocimientos sobre cómo enfocar el tema de vuestra obra y cosas por el estilo. Nosotros nos ocuparemos de la trama, la ambientación, los personajes y la parte empresarial. A la hora de impartir este curso, daré por sentado que queréis dedicaros profesionalmente a la escritura de la ciencia ficción y la fantasía en menos de diez años.

Quisiera dejar claro que vuestro objetivo no tiene por qué ser ese. En las disciplinas artísticas puede dar la sensación de que muchas veces ese enfoque es perjudicial. Uno dice a sus parientes y a sus amistades: «Estoy trabajando en un libro», y de inmediato los demás responden: «¿Van a publicarlo? ¿Cuánto cobrarás por él?». Es la primera pregunta que tiende a hacer la gente, a menos que te salgan con: «Pobrecito, no conseguirás un empleo en la vida».

De hecho, esto último me sucedió en una ocasión después de ser un autor publicado. Es una de esas cosas que piensas que algún día podrás hacer, contestar a ese lugar común. Y alguien me hizo la pregunta. Estaba en una fiesta y me dijeron: «¿A qué te dedicas?». Yo respondí: «Soy escritor». Añadieron: «Ah, conque estás sin trabajo». Y entonces dije: «La semana pasada llegué a la lista de los más

vendidos del *New York Times*». Fue genial. A veces sí que pasa.

Pero no por ello debéis tener como objetivo dedicaros a la escritura de manera profesional. Podéis escribir porque es bueno para vosotros. Si yo preguntase a alguien de cuarenta y tantos años, más o menos mi edad, a qué se dedica, y esa persona me dijera: «Ah, me encanta jugar al baloncesto, juego todos los miércoles», yo no preguntaría de inmediato: «¿Y cuándo jugarás en la NBA?». No es algo que tenga grandes probabilidades de ocurrirle a la mayoría de las personas de cuarenta y tantos años que no estén jugando ya en la NBA. Pero sí pensaría: «Qué bien, me alegro por ti». Ser una persona activa, tener aficiones, salir a hacer deporte... son cosas buenas para cualquiera.

Sencillamente creo que es bueno escribir historias, que es positivo aprender a comunicarte mejor, a sacar los relatos de la cabeza y plasmarlos en la página de un modo que el lector encuentre interesante y le permita establecer una conexión emocional.

Así que, si estáis leyendo este libro por diversión, sois más que bienvenidos. Si nunca habéis escrito nada, también sois más que bienvenidos. Si ni siquiera os gustan la ciencia ficción y la fantasía, o queréis escribir ficción literaria, sois bienvenidos. Os animo a que utilicéis este curso del modo que más os ayude a lograr vuestros objetivos.

Pero en todo caso, voy a dar por sentado que queréis convertirlos en alguien como yo dentro de diez años o menos. Que queréis ganaros la vida a tiempo completo escribiendo y tener mucho éxito como autores. Voy a suponer que ese es el caso. Porque así podré transmitirlos toda la información que necesitáis y vosotros podréis escoger las partes que os interesen de cara a vuestros objetivos de escritura, sean cuales sean.

También quisiera decir algo a la gente que de verdad quiera ser Brandon Sanderson, o... una versión mejorada. No sé si vuestra vida ha sido como la mía. Seguro que os

han dicho muchísimas veces: «Eso no puedes hacerlo». O también: «Bueno, a la gente no le pasan esas cosas». Yo crecí escuchando frases como esas de seres queridos y bienintencionados. Querían lo mejor para mí, y lo cierto es que decían cosas razonables. Mi madre, a la que adoro, es contable. Cuando le conté que quería ser escritor, me dijo: «Hum. Quizá podrías ser médico y luego escribir aparte. Todos los buenos médicos se pasan el día jugando al golf, así que, en vez de eso, tú podrías escribir historias». No fue un consejo espantoso. Pero sí que desalienta un poco que todo aquel a quien le dices que quieres trabajar haciendo esto responda: «Ah, estupendo, ¿qué tal se paga?». O bien: «Pobrecito».

De modo que quisiera transmitir algo que yo aprendí siendo alumno de este curso. Quizá uno de los momentos más cruciales para mí fue cuando Dave se presentó aquí y dijo: «¿Sabéis qué? Soy escritor profesional. Fui alumno de la Brigham Young y asistí a este curso en el año 1985 o 1986. Y ahora soy escritor profesional a tiempo completo». El hecho de que Dave dijera eso me hizo pensar: «Vaya, así que es posible». La gente tiende a asumir que se trata de una posibilidad entre un millón, pero seguro que podríamos calcular cuánta gente hizo ese curso. Fueron menos de un millón de personas, y Dave lo consiguió.

Cuando Dave impartía este curso en el año 2000, éramos veinte personas en el aula. Cinco de nosotros nos hicimos profesionales de un modo u otro, algunos como editores. También hubo gente que escribió relatos cortos para publicaciones profesionales, aunque no llegaron a ganarse la vida del todo escribiendo. Pero yo estaba en esa clase. Dan Wells también estaba en esa clase. Peter Ahlstrom estaba en esa clase. Peter luego se hizo editor en Tokyopop y estuvo trabajando como profesional para ellos antes de que yo lo contratara. Kristy Gilbert estuvo en esa clase, y ahora es editora autónoma profesional a tiempo

completo. Así que conozco a dos editores y dos escritores que pasaron a dedicarse a tiempo completo a la escritura, y también a varios otros que lo hicieron a tiempo parcial, que es de donde sale esa quinta persona. Sabiendo eso, cabría pensar: «Vaya, cinco de veinte, eso es una posibilidad entre cuatro». Puede que nuestro grupo se saliera un poco de la norma, pero lo cierto es que las probabilidades siguen siendo mejores de lo que creáis.

El problema es que, si recibierais orientación sobre bioquímica y os dijeran: «Uno de cada cuatro de vosotros podrá conseguir empleo en este campo», lo más probable es que desconfiarais. Y más si añadieran, como debo hacer yo ahora basándome en mis anteriores alumnos, que en realidad la proporción se acerca más a uno de cada veinte. Uno de cada veinte alumnos míos, en los años en que he impartido este curso, se ha hecho profesional a tiempo completo. Pero claro, si os presentarais en la facultad de Derecho y os dijeran: «Bueno, solo uno de cada veinte de vosotros podrá acabar trabajando como abogado», lo más seguro es que pensarais: «¡Mejor no me matriculo!». Lo que quiero decir es que tenéis las probabilidades en contra, pero no son de una entre un millón.

Y luego está la gente que estudió el curso y no terminó haciéndose profesional. Por ejemplo, hay una alumna en mi grupo de escritura que no llegó a dedicarse a esto a tiempo completo. Escribe obras de calidad profesional, es una escritora fantástica. Pero le gusta escribir un libro cada tres o cuatro años y no tiene tanta necesidad de publicarlos como de contar sus historias sin más, porque le gusta hacerlo. Son unas historias fantásticas. Estoy convencido de que algún día venderá los derechos de alguna, y no tardará demasiado. Eso no puede considerarse un fracaso, deberíais predisponeros a aceptarlo.

Hubo un momento en mi carrera, después de ser alumno de este curso pero antes de vender los derechos de mi primera novela, en que tuve una especie de mo-

mento revelador. Me pregunté: «¿Qué estoy haciendo?». Por aquel entonces había escrito doce novelas, pero no había vendido ninguna. Las enviaba a las editoriales y me llegaban dos tipos de respuestas. La primera era: «Caray, qué largo es esto». La segunda decía: «¿No puedes escribir un poco más como George R. R. Martin?». Era el autor que por entonces vendía libros como churros, y escribía novelas extensas, así que tampoco sé muy bien por qué me daban la primera respuesta. Creo que en realidad a quien estaban buscando era a Joe Abercrombie. Pensaban: «¿Dónde está Abercrombie? Sabemos que anda por ahí, en algún sitio. Queremos publicarlo a él». Les interesaba un material más breve y acelerado, pero con el estilo de George R. R. Martin. El caso es que, por un motivo u otro, no hacían más que rechazarme. No estaba avanzando en absoluto.

Así que pensé: «Tal vez tiene razón toda la gente que se preocupa por mí». Mi padre me llamaba y decía: «Hijo, tienes a tu madre angustiada». De modo que me vi obligado a preguntarme qué era el éxito para mí, qué estaba dispuesto a aceptar. Tuve que plantearme la pregunta de si me parecería bien morir con más de cien años, siendo optimista, y teniendo ciento cincuenta manuscritos inéditos. ¿Pretendía seguir escribiendo, aunque supiera que jamás publicaría un solo libro? Y me di cuenta de que quería seguir. Quizá no al mismo ritmo que hasta entonces. Para empezar, tendría que buscar un trabajo de verdad: no podía ser estudiante de posgrado para siempre. Pero sí que pretendía seguir escribiendo. Iba a seguir contando mis historias. Fue entonces cuando decidí que continuaría haciendo esto, aunque nunca llegara a vender nada ni a poder ganarme la vida con la escritura. Y eso me quitó un peso enorme de encima.

Por supuesto que es importante intentar publicar, y os explicaré cómo hacerlo, pero deberíais centraros en el hecho de que queréis contar vuestras historias, de que ha-

cerlo es bueno para vosotros, de que es algo que más o menos no tenéis otro remedio que hacer. No lo estoy planteando de un modo místico. En muchas clases de escritura os dirán que sabréis si tenéis que ser escritores. A mí ese enfoque me parece horrible. Porque opino que el mero acto de escribir ya es bueno para cualquiera. Y no creo que haya personas predestinadas a la escritura y personas que no lo están. Sí creo que la suerte es un factor muy importante para poder dedicaros a esto a tiempo completo. Pero es posible separar el «Tengo que hacerme profesional y ganarme la vida escribiendo» del «Me gusta contar historias». Y cualquiera puede tomar esta última decisión.

Si queréis contar historias, hacedlo. No hagáis caso a quienes dicen: «Tienes que ser de los pocos elegidos». Contad vuestras historias. Contadlas del modo en que queráis contarlas.

Pero debo advertiros que es posible que no lo logréis, que paséis los próximos veinte años escribiendo libros y no vendáis ninguno. Es más probable que suceda eso a que os convirtáis en alguien como yo. Sin embargo, no conozco a nadie que se arrepienta de haber escrito libros durante diez o más años. Todos se alegran de haber seguido escribiendo sus historias. ¿Lamentan no haberlas publicado? Por supuesto que sí. «Claro que querría vender un millón de ejemplares como tú, Brandon. Pero me gusta. Disfruto escribiendo estas historias. Y a lo mejor algún día lo conseguiré».

Podéis aspirar a ese nivel más bajo de éxito aceptable. Habréis escrito vuestras historias y habréis mejorado en el oficio. Sentiréis orgullo por lo que habéis escrito, y quizá todavía podréis dar el salto en algún momento. No lo olvidéis. Esta es la primera parte de mi introducción al *Curso de escritura creativa*.

Sobre enseñar a escribir

La segunda parte de la introducción aborda la siguiente pregunta: ¿De verdad es posible enseñar a la gente cómo escribir? Es una pregunta que no tengo más remedio que hacerme a menudo cuando repaso mi vida, mi carrera, las clases que recibí. ¿Cuál es el papel de un profesor? Quizá lo más útil que podría hacer es decirnos: «Mirad, tenéis que entrenaros a vosotros mismos como escritores. Tenéis que echarle diez años y escribir varios libros. Debéis esforzaros y ser constantes escribiendo. El noventa por ciento de lo que debéis hacer es eso». Ese pequeño discurso bien podría cubrir el curso completo. La respuesta a casi cualquier duda que podáis tener se reducirá a probar unas cuantas cosas, practicar un poco más, ver si mejoráis y, en caso de que no, probar de otra forma. La mayoría de mis consejos para escritores consisten en eso.

Lo cierto es que los escritores siempre estamos dando consejos contradictorios. Si leéis algún manual de escritura de un autor famoso, como *Mientras escribo* de Stephen King, que es un libro estupendo sobre el oficio, veréis que habla de qué pasos dar para convertirse en escritor. Y quizá penséis que lo mejor es hacerle caso. Pero luego leeréis otro libro de otro autor, y ese libro os dirá que debéis hacerlo de una manera completamente distinta.

A menudo utilizo esos manuales como ejemplo para diferenciar entre la escritura de descubrimiento y la escritura con esquema. Los autores tendemos a caer en dos bandos generales, aunque en realidad es más bien un espectro, y todo el mundo acaba en algún punto intermedio. Uno de esos dos bandos es el de quienes George R. R. Martin llama «jardineros», los escritores de descubrimiento. Me encanta la palabra «jardineros» para describirlos. Un jardinero empieza su historia con una premisa interesante, o con unos pocos personajes cautivadores, y la

desarrolla a medida que va escribiendo, más o menos dejándose arrastrar hacia donde los lleva el viento. George R. R. Martin es un ejemplo conocidísimo de jardinero, pero lo más probable es que Stephen King sea el jardinero más famoso en activo. Los jardineros no utilizan un esquema previo. Para muchos jardineros, tener un esquema y haber trabajado mucho en ese esquema hace que su cerebro tenga la impresión de que la historia ya está escrita. Pierden todo el entusiasmo por desarrollarla, se aburren apenas han empezado.

En el otro bando están los «arquitectos», que es otra definición de Martin que también me encanta. Un arquitecto es alguien que escribe mucho mejor si cuenta con una estructura en la que apoyar su historia. Los arquitectos tienden a escribir mejor así porque pueden esbozar gran parte de la historia desde el principio, y luego, cuando están trabajando en un capítulo concreto, no se preocupan de nada más porque el resto ya lo tienen claro en su mente. Pueden centrarse en ese capítulo y darle la forma que quieren. El secreto es que incluso los arquitectos realizan escritura de descubrimiento. Lo que ocurre es que lo hacen a pasos más cortos. Un arquitecto salta de un punto de guía al siguiente, en vez de hacia lo desconocido. Pero los arquitectos tienden a odiar las revisiones y a funcionar mucho mejor con un esquema estructurado.

Esos dos tipos de escritura son opuestos si se llevan al extremo. Su existencia no implica que uno no pueda escribir un híbrido entre ambos. Pero las personas que creen que un esquema echa a perder el proceso y aniquila su capacidad de seguir escribiendo no pueden seguir el consejo (que han leído mil veces) de los autores que defienden la idea de trazar antes un esquema. ¿Qué hacen, entonces?

Tendréis que aprender a no hacerme caso, como representante que soy de toda esa gente que os da consejos sobre cómo debéis escribir. Tendréis que comprender

que en realidad la escritura es un acto individual y que no hay una manera correcta de escribir un libro. Pueden existir muchas maneras equivocadas para vosotros, igual que muchas maneras adecuadas. Eso forma parte de la diversión de escribir. De hecho, la mayoría de los autores emplean combinaciones distintas entre tácticas de escritura de descubrimiento y escritura con esquema, según el libro en que estén trabajando en cada momento. Y también tienden a evolucionar y cambiar a medida que comprenden mejor su propio proceso y avanzan en su carrera.

En el fondo, no existe ninguna dicotomía entre el escritor de esquema y el escritor de descubrimiento, pero lo usaremos como modelo para estudiar el funcionamiento de muchos escritores y para entresacar cosas que podrían ayudaros. Debéis ser conscientes de que, siempre que alguien os dé consejos sobre escritura, en realidad está diciendo: «Esto es lo que me funciona a mí. La experiencia me dice que así es como escribo las historias que me gustan». Tenéis que estar dispuestos a pensar: «Muy bien, tal vez lo pruebe, le daré una oportunidad y veremos qué pasa», y a considerarlo como un utensilio en vuestra caja de herramientas, que quizá os ayude a escribir mejor. Si el consejo no funciona, también tenéis que estar dispuestos a desecharlo. O quizá no del todo, sino a guardarlo en esa caja de herramientas y tenerlo preparado por si os hace falta cuando cambiéis a lo largo de vuestra carrera. En todo caso, debéis estar dispuestos a comprender que estos modelos de escritura son solo recursos que se nos ocurren para intentar explicar lo que hacemos y ayudarnos con los problemas.

Hay otra cosa que quisiera que comprendierais. Muchos de los temas que trato en este curso son cuestiones que los escritores profesionales empezamos a hacer por instinto, sin seguir unos algoritmos al pie de la letra. Permittedme explicarlo mediante una metáfora con el juego de cartas coleccionables *Magic: El encuentro*.